

INTRODUCCIÓN

...no basta con copiar un árbol,
también se debe poder inventarlo.¹

Josef Miki

Al aproximarme a las obras de Marcela Lobo, y sentarme a escribir este texto, sentí que abordaba una de esas formas de hacer arte que, por su carácter y sentido, exigen un trato directo, una abierta y sincera relación entre propuesta e interpretación. Por ello considero erróneo ahondar en una suerte de introducción o prólogo que anteceda al contacto frontal con la obra. Sí, ésta pide, exige, una lectura sin rodeos, habrá que escucharla y seguirla de cerca. En buena medida, la labor de un curador o crítico de arte radica en dejar hablar al objeto de estudio y guardar silencio.

El trabajo que esta artista ha desarrollado, en su ya prolífica trayectoria, destaca por contener, plasmar y representar composiciones pictóricas cuya característica fundamental es una profunda levedad y una enigmática ingravidez. Por consiguiente, nada está quieto y cada forma, color u objeto se mantienen en un continuo estado de tránsito, de cambio y desequilibrio. La inestabilidad colma sus lienzos, y es esta naturaleza metamórfica la que abre un sinnúmero de posibles lecturas, sensaciones y estímulos perceptuales. Ahora bien, es importante dejar en claro que la constante oscilación aludida y la falta de un equilibrio compositivo evidente no son, en absoluto, un sinónimo de incomodidad o

imperfección, sino una manera particular, subjetiva y metafórica de mirar y representar el mundo. Desde mi óptica, el trabajo que mejor encarna lo antes mencionado es *Tres van y dos vienen* (2009), ya que el movimiento no sólo se percibe de una manera tenue y sutil en la superficie o plano pictórico, sino que se complementa y enfatiza con un simple pero certero título. El balanceo, el ir y venir hipnótico, delinea la trayectoria de los objetos y las formas que componen el alfabeto, la temporalidad y el ritmo cromático de la pieza. Sobre esto último me parece oportuno reparar en el gesto que Lobo realiza al reducir significativamente su paleta habitual. Al hacerlo, encuentra un juego de contrastes compuesto por distintas gamas de tan sólo un par de colores sobre un fondo totalmente negro, que dota a la obra de un carácter misterioso e introvertido. Asimismo, al desaparecer toda referencia espacial, la composición adquiere una venturosa autonomía, que ya no representa un escenario determinado, sino que genera su propio universo y su propio tiempo. No hay un antes ni un después, tampoco existe una narrativa lineal ni una historia por descifrar, sino un fluir permanente que extiende, activa y atomiza el instante presente. Y ello lo podemos apreciar tanto en esta obra como también, por ejemplo, en *Flores azules* (2010), en la cual la economía cromática nos seduce de manera paulatina y la oscuridad espacial es también, de pronto, una forma en movimiento, un objeto cotidiano que, por el entorno que lo rodea y la manera en que dialoga con el resto de los elementos, nos vuelve a sorprender.

Pero volvamos a tratar de ver el todo y no sólo una de sus partes. Es decir, intentemos responder a las preguntas siguientes: ¿qué es aquello que sucede cuando nos sumergimos y nos dejamos llevar por el quehacer artístico de

Marcela Lobo?, ¿cómo logra imprimir dinamismo a un plano estático?, ¿qué hay detrás de esa obsesión por pintar una y mil veces el mismo objeto o, mejor dicho, el mismo conjunto de cosas con distintos tratamientos?, ¿qué otras soluciones pictóricas o disciplinas ha experimentado y cuáles han sido los resultados obtenidos? Para contestar a dichas interrogantes resulta necesario observar con paciencia y detenimiento lo que esta artista ha producido desde la década de los noventa hasta el presente y aventurarnos en el desarrollo de algunas hipótesis.

Sin el deseo de responder puntualmente a cada una de las preguntas antes formuladas, intentaré englobar, en los siguientes párrafos, argumentos que interconecten los temas o las características que he señalado. En primera instancia, no puedo dejar de manifestar que es palpable el desarrollo técnico y conceptual que la obra de Lobo ha experimentado en los últimos tiempos. Con esto no quiero decir que sus bodegones, naturalezas muertas, paisajes y escenas domésticas de los años noventa sean obras mal logradas o carentes de un trabajo serio y con valiosas cualidades plásticas, sino que, al compararlas con la producción reciente, percibo una indiscutible madurez y un discurso pictórico cada vez más propio y complejo, en donde existe una suerte de síntesis de las búsquedas antes emprendidas. En lienzos como *Artículos de primera necesidad*, *Todo es comparable* o *La velocidad de las cosas*, pintados en 2009, encontramos mucho más que objetos familiares dialogando armónicamente bajo una clara influencia *fauvista* o dentro de los parámetros de una poética y un lenguaje vernaculares ya un tanto agotados. En las obras antes citadas, los floreros, los juguetes, las mesas y los sillones, los instrumentos musicales, las distintas formas u ornamentos orgánicos, los animales extraños, los zapatos y otros elementos

indefinidos han dejado de ser objetos aislados, son cosas que, al hacerlas coincidir en un plano, forman ineludiblemente una composición. Ahora han pasado a ser un todo, un verdadero ambiente y espacio, en donde ya no sólo describen un paisaje o el escenario doméstico de una estancia, sino cientos de distintas relaciones entre dichos elementos, que a su vez generan una multiplicidad de capas interpretativas, de micro sitios y desplazamientos simbólicos que otorgan a la obra una riqueza y pluralidad que va más allá de lo estrictamente formal o técnico. Con ello me refiero a su potencial en el campo de lo onírico, lo fantástico e imaginativo. Y es precisamente esta veta lo que inyecta entusiasmo y emotividad a la práctica, a la apuesta y al desarrollo visual que ha hilvanado la artista con el paso del tiempo.

Respecto a la ya mencionada generación de una especie de atmósfera o ambiente, me parece oportuno difundir una frase de la propia Marcela Lobo, que encontré en su íntimo y sugerente libro, *Mi alacena, al derecho y al revés*: **“Una pintura es todo lo que hay a mi alrededor”**.² Esto es precisamente lo que, al estar cerca de su pintura, he podido sentir. No hay otra cosa en el horizonte... ni arriba, ni atrás, ni a la izquierda, ni abajo, ni a la derecha: todo es pintura. De tal forma, nos situamos ante un trabajo que nos rodea y nos invita a mirarlo desde adentro, a ser partícipe de lo que ahí, en ese territorio pictórico, acontece en este preciso momento.

Recuerdo ahora que, entre las preguntas antes formuladas mencioné la palabra obsesión y el hecho de que esta artista pinta infinitamente los mismos elementos, los mismos objetos, los mismos escenarios. En este sello o característica encuentro otro de los puntos clave para comprender mejor el trabajo

y el pensamiento de Lobo. Sin obstinación, sin una manía productiva o empeño sobrehumano, es imposible trascender en el ámbito de las artes y crear un lenguaje auténtico. En el universo creativo que tenemos ante nosotros, una fértil obsesión se desborda y percibimos innumerables variantes de objetos, accesorios, muebles que, al ser pintados y vueltos a pintar en distintos tiempos y con diferentes aproximaciones, van adquiriendo lentamente una identidad que los distingue del resto. En relación con esto último, y a la manía que suele apoderarse de los verdaderos artistas, el pintor austriaco Arnulf Rainer mencionó en alguna ocasión:

la pintura se comienza y después es embestida una y otra vez. Debe ser vista y examinada durante muchos años. En ello hay siempre pequeñísimas correcciones, repetición, tesón, pérdida del detalle... lo que conlleva a estados contemplativos de la imagen... el cuadro no aclama más atención que un lactante, sino que reposa en sí.³

Sin duda, en el conjunto de trabajos aquí presente se hace notorio el cuidado, el oficio y este tesón del que habla Rainer y, más importante aún, resulta claro que estas obras han comenzado a reposar y a sustentarse en sí mismas tras un arduo periodo de ensayo y error, de ser vistas y vueltas a mirar con un ojo crítico y analítico nada fácil de complacer.

Otro conjunto particular de obras que ha llamado mi atención es la serie de trabajos que llevan por título *Columnas*, *Biombos* y *Cubos*. En estas piezas la artista mantiene su rigor y su labor pictórica pero, de manera simultánea,

incursiona en la tridimensionalidad. Sus pinturas dejan entonces de ser lienzos adosados al muro y se transforman en objetos que el espectador debe rodear como si fuesen esculturas. No se trata, como podría pensarse en primera instancia, de un ensamblaje o de un *combine painting*, en el que, como lo hiciera Robert Rauschenberg, se incorporan o adhieren distintos tipos de objetos al plano pictórico. Lo que Lobo hace es dar volumen a su pintura a través del acomodo de paneles o cuerpos geométricos, los cuales, en distintas secuencias, conforman u otorgan a lo pictórico una variante perceptiva que enriquece nuestra relación con su trabajo y la experiencia estética ante el mismo. Una vez más, desde mi perspectiva, nos percatamos de ese deseo de la artista por ocupar el máximo de nuestro campo de visión, por crear un ambiente y transmitirnos el ritmo, el movimiento y el carácter que definen a sus creaciones.

Dentro de estas mismas coordenadas podemos situar las piezas de barro que ha producido recientemente, ya que, si bien contienen o encarnan una ineludible naturaleza objetual, su origen proviene, una vez más, de la pintura y del universo pictórico de Marcela Lobo. Sin embargo, es importante mencionar que dichas incursiones o experimentaciones en otras técnicas, materiales y soportes siempre actúan como testigos de su impulso creativo y, de una u otra forma, nutren también al trabajo primario, en este caso, la pintura.

Por último, me resulta pertinente concentrarnos en el aspecto temporal de la obra y cómo éste se entrelaza con todo lo antes mencionado. Al contemplar y desarticular la producción pictórica de esta artista recordé, entre otras cosas, una sentencia de una de las pintoras más sorprendentes y valiosas que ha dado este país, María Izquierdo, quien dijo: **“El arte es la realización de lo oculto”**⁴.

Considero que la obra de Marcela Lobo, en su esencia, se inscribe en esta manera de entender el arte y cuando esto sucede la dimensión temporal de un trabajo dado adquiere una especial relevancia. El imaginario al que nos introduce su obra nos sumerge en un escenario atemporal, onírico y lúdico, en el cual la presencia de la figura humana, y por tanto de personajes o protagonistas, brilla por su ausencia. Observamos escenarios en donde algo está sucediendo, pero también espacios domésticos en donde se puede intuir que algo aconteció; sin embargo, no existe el menor rastro de ello. Las cosas flotan, se deforman, se inclinan, se dilatan y, con gran espontaneidad, nos invitan literalmente a pasar. Al fin, no hay nadie ocupando esas estancias acogedoras o enigmáticas, pero nunca ásperas o desoladoras. Lo que se intuye es, sin rodeos, una experiencia placentera y llena de estímulos.

Por otro lado, el tiempo “real” o el tiempo que el espectador debe invertir en este trabajo pictórico es un tiempo pausado, generoso y libre de todo prejuicio, para hacer posible la seducción y el desenfado que nos es sugerido, ofrecido. No hay aquí un deseo por exigir algo que no provenga de la manera más honesta e intuitiva de quien decide acercarse a la obra, no para reconocer al autor, la fecha en que fue producida o la técnica utilizada, sino para adentrarse en ella y escuchar. No basta con observar una pintura, también se debe poder reinventarla. La puerta está abierta.

Víctor Palacios
Curador

Notas

1. *Arte contemporáneo austriaco y pintura de la posguerra. Colección ESSL*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 2005, p. 66.
2. Marcela Lobo, *Mi alacena, al derecho y al revés*, México, Landucci, 2007, p. 175.
3. *Arte contemporáneo austriaco y pintura de la posguerra...*, p. 27.
4. *María Izquierdo*, México, Fundación Cultural Televisa, A. C., Centro Cultural /Arte Contemporáneo, 1988, p. 17.